

Un libro denso, profundo, sugerente. Aborda una temática sumamente interesante, y nunca del todo unitaria para los expertos. El autor demuestra ser un pensador y expositor que filosofa aportando criterios acertados para elaborar sus conclusiones o argumentar entorno a sus dudas, con interrogantes que incluyen sugerentes respuestas. Y todo en torno a temas prácticos sobre los tres lemas que titulan su obra. Y es en el prefacio donde él confiesa que todo el libro es la conjunción de artículos editados en diversos momentos, que aquí une y entrelaza, alegando y argumentando su justifica interconexión. Lo cierto es que -al margen de lo que haya o no de conexión entre unos y otros- cada Capítulo, cada exposición, así como las derivaciones y dependencias de unos y otros, queda expuesta de manera patente y con argumentaciones dignas de consideración. Y resulta muy práctico que, al abordar la vinculación del cristianismo y liberalismo, haga preceder su exposición ofreciendo una primera parte sobre esa doble realidad en Europa, defendiendo sus evidentes raíces cristianas, así como destacando la incoherencia de que esa realidad se esté olvidando en tantos acuerdos y situaciones políticas. Como el autor afirma, *“los ideales liberal-democráticos modernos proceden en realidad de los valores cristianos”* (p. 116). Tal vez hubiera sido suficiente para la riqueza cultural y expresiva de la presente obra, dejar su contenido en las tres primeras partes: Europa, Catolicismo, Liberalismo, junto con las dos cuestiones iniciales sobre la compatibilidad del liberalismo y catolicismo. Es lo que más y mejor profundiza el autor y donde se ve mejor la conexión de toda su obra. Los dos últimos artículos que encabeza con el título de “Ley natural” son insuficientes para desarrollar cuanto sugiere dicho encabezamiento, e innecesarios como ampliación de todo cuando se reflexiona en las tres partes precedentes. Es verdad que también se puede incluir como parte de todo lo anterior el tema de la laicidad que aborda en el número primero de esos últimos temas, por cuanto históricamente se le

cuarto, el más largo de todos, se detiene para analizar con realismo y valentía *Los pecados más íntimos de la Iglesia*. Señala que los fallos acompañaron ya a la Iglesia naciente, pero se multiplicaron a partir de Constantino. “La iglesia, dice, supo vivir señorialmente en la *adversidad*, pero no supo mantener la misma dignidad en la *prosperidad*. Se subió al carro de los honores y de los privilegios, y desde entonces no ha querido bajarse en ningún momento” (60). A continuación, se atreve a denunciar uno por uno los veinte fallos que él considera más importantes. Esta introducción nos da idea del polémico contenido: “la imagen de Dios y de la Iglesia han sido desfiguradas terriblemente, se ha perdido el kerygma, es decir, el anuncio de Jesús como Señor y como Salvador, se ha perdido la gratuidad de la acción de Dios y hemos caído en una religión de ritos y de prácticas, de obras y de méritos, se ha producido un divorcio casi total entre fe y vida, se ha provocado una división sangrante entre el clero y el pueblo, el seguimiento ha sido olvidado, se han apagado los carismas, se han originado cismas y rupturas, la Iglesia jerárquica ha sido prepotente, autoritaria e impositiva, la figura del papa ha sido exaltada sin medida, el afán de riqueza, de dominio y de poder se ha apoderado de los representantes más cualificados, la Curia romana ha cometido una gran cantidad de errores a lo largo de su historia, la Iglesia ha impuesto a los fieles la práctica de los sacramentos, y a los sacerdotes y religiosos la obligación de rezar el oficio divino bajo pena de pecado, se han producido atentados contra la libertad, se ha justificado la guerra justa y la pena de muerte...” (61). Tras este duro repaso, habla de la Iglesia del Vaticano II que ha sabido pedir perdón y titula el capítulo sexto *Todavía hay esperanza*. En él acude a varias imágenes bíblicas, como son *el desierto, el destierro, el resto, la Iglesia como sal, luz y fermento, las preferencias de Dios por lo pequeño...* para señalar *los brotes de esperanza...* que siempre se pueden vislumbrar. De este modo cierra el apartado: “El Espíritu Santo está rejuveneciendo en nuestros días a su Iglesia. Tal vez haya sido un gran regalo de Dios que se haya perdido aquella fe antigua, hecha de prácticas, para que pueda nacer una religión en la que el Señor vuelva a revelarnos que todo es gracia. El Espíritu dispone de mil medios para llevar esta historia adelante y sigue gimiendo con gemidos indecibles e inexpresables por todos nosotros. Esa es nuestra esperanza” (181). El séptimo, titulado *La Iglesia ante el mundo actual*, estudia los desafíos externos de la Iglesia (pobreza, increencia, evangelización) y señala algunos problemas internos que él considera especialmente complicados entre todos los anteriormente señalados (evangelización del pueblo cristiano, ordenación de hombres casados, celibato de los sacerdotes, la mujer en la iglesia, problemas de la familia...). Cierra la obra un capítulo destinado a soñar cómo será *La iglesia del futuro*. Nadie puede precisarlo, pero seguramente será, piensa Vicente Borragán: una Iglesia de minorías, pobre y servicial, una Iglesia profética, dialogante, una Iglesia como pueblo de Dios, muy sencilla, sin grandes planes ni proyectos, con una nueva organización, sin miedo, animada por el Espíritu, «una Iglesia con el máximo de espiritualidad y el mínimo indispensable de organización»...

## RECENSIONES

pueda considerar como “*una de las grandes aportaciones del cristianismo a la cultura occidental*” (p. 297); el resto de esta última parte es un añadido, que opino no sería necesario. Esta observación un tanto negativa, no resta el valor y la merecida profundización que el autor consigue en toda la exposición de su libro, así como su aportación a entender y vivir mejor la cultura actual. Son reflexiones muy aptas para cuantos pretendan entender mejor la cultura y las ideologías políticas en las que actualmente estamos inmersos en Europa.

JESÚS DOMÍNGUEZ SANABRIA